

Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su rágia sempiterna ;
Y el aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la exterior parte avive, y nueva
Los miembros frios de la imagen nueva.

Vistiólo de una ropa que compuso,
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada ;
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa en bella confusion mezclada,
O del indio marfil trasflora y pinta
La limpia tez con la sidonia tinta.

LOS INSTRUMENTOS NECESARIOS

PARA LA PINTURA.

Será entre todos el pincel primero.
En su cañon atado y recogido,
Del blanco pelo del silvestre vero
(El bégido es mejor y en más tenido);
Sedas el jabalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar el más crecido ;
Será grande ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere.

Un junco que tendrá ligero y firme
Entre los dedos la siniestra mano,
Do el pulso incierto en el pintar se a firme,
Y el teñido pincel vacile en vano ;
De aquellas que cargó de tierra firme
Entre oro y perlas navegante ufano,
De ébano ó de marfil, asta que se entre
Por el cañon y con el pelo encuentre.

Demas un tabloncillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,
O de aquel otro que del triste amante
Imitáre el color en su maderá,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera ;
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.
Un pórfido cuadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara,
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara ;
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco más que vara,
Las clavijas pondrás en sus encajes,
Donde á tu mano el cuadro alces ó bajas.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla, que el perfil recuadra,
Tendrás tambien, de acero bien labrado,
No faltará ocasion, la justa escuadra ;
El compas del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo cuadra,
Que, abriéndose ó cerrando, no se sienta
El salto donde el pase más se aumentá.
Demas de esto, un cuchillo acomodado ;
De sus perdidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color, y otro delgado,
Que córte sin sentir, fino y agudo ;
Los despojos del pájaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpea roca en la defensa,
Cuando tenerla el fiero galo piensa.
Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin y guarde el oro.

El verde, el blanco y el azul sereno ;
Un ancho vaso de metal sonoro ,
De frescas ondas transparentes lleno ,
Do molidos á olio en blando frio ,
Del calor los defienda y del estío.

Una ampolla de vidrio cristalina ,
Que el perfecto barniz guarde , distinta
De otra do se conserva y do se afina
Olio con que más cómodo se pinta ;
Con estas otra que á la par destina
A la letra, y dibujo obscura tinta ,
De caparrosa hecha, agalla y goma ,
Con el licor que da la fértil Soma.

DE LA DURACION DE LA TINTA.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos ,
No en el oro ó el bronce , ni ornamento
Vario, ni en los colores exquisitos ;
La vaga fama con robusto aliento
En él esparce los canoros gritos
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la ciudad de Alcides.

¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima Reina, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dejára y los colores
De versos y eruditos escritores ?

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados

De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo ya que cubre el yermo suelo ;
De su grandeza apénas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.
De Priamo infelice solo un dia
Deshizo el reino tan temido y fuerte ;
Crece la inculca hierba do crecía
La gran ciudad, gobierno y alta suerte ;
Viene espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte ;
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.

Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que áun no bien vista, desaparece ;
Breve suma de números que allana
La Parca cuando multiplica y crece ;
Tirana suerte en condicion humana,
Que con nuestros despojos enriquece,
Deuda cierta nacemos y tributo
Del gran tesoro del hambriento Pluto.

Todo se anega en el Estigio lago :
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos ;
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos ;
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados ercierra en sí y deshechos,
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fué, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte ;
Ella lo sabe, y Trasimeno ondoso,
Que en su sangre hirvió de parte á parte,
Caverna ahora del leon veloso,
Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,

A dó no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oídos.

Vos sentisteis tambien ménos amigos
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor, último daño,

Oh Numancia, oh Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengaño;
Caisteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.

¿Qué? Si la edad hambrienta lleva
Las peñas enricadas y subidas,
El fiero diente y su cruceza cebada
De piedras arrancadas y esparcidas,
Las altas torres con extraña prueba,

Al tiempo rinden las eternas vidas;
Hiéndose y abre el duro lado en tantos
El mármol liso, el simulacro santos

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo
Y cuanto adorna el pavimento humano,
Y el mar y cuanto esconde en el profundo,
¿No vemos que refrena y va á la mano
De la natura el gran poder segundo?
Pues todo cuanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Cuántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvó las contemplo?
¿Dónde el bronce labrado y oro, y dónde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al cual de otro gran rey nunca responde,
De alta memoria peregrino ejemplo?
Sólo el decoro que el ingenio adquiere
Se libra de morir ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro riq

Que al vencedor Aquiles y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoros brío
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente,
Ataja de los siglos la corriente;

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
Del áurea eternidad halló el camino;
Puso en el trono del purpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el inico
Pasaje y la creciente de Numico.

PRINCIPIOS PARA ADESTAR LA MANO.

Primero romperás lo ménos duro
Deste arte, poco á poco conquistando;
Procura un órden, por el cual seguro
Por sus términos vayas caminando;
Comienza de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.

Un día y otro día, y el continuo
Trabajo hace práctico y despierto;
Y despues que tendrás seguro el tino
Con el estilo firme y pulso cierto,
No cures atajar luengo camino
Ni por allí te engañe cerca el puerto;
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza

Cuantos produce al esplendor del cielo;
No primero los arma de firmeza
Ni con osado pié huellan el suelo;
Que el sabor de la leche la terneza
Funde y condense del purpúreo velo;
Y como va creciendo el alimento,
Refuerza con igual mantenimiento,

Hasta que ya crecida allega al punto
Adulta edad de más perfecto estado,
El sustento dispone, y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado;
No quieras adornar más tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado;
Que cuanto más en él te detuvieres,
Irás más pronto al otro á que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede, según esto, sucederte
Ménos el resto que el sudor primero;
Por ende con ahinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guía
La libre obstinacion de tu porfia.

La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,
Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de cuantas se han jamas pintado,
Que hizo el Bonarrotta de su mano
Divina en el etrusco Vaticano.

Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo,
Una parte alcanzó del fuego santo,

Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpétua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene,
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene;
Vistióse de no vista hermosa
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo

La fortunada edad del gran Augusto

¡Oh, más que mortal hombre, ángel divino!
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano, cierto,
Es tu sér; que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel vida y concierto;
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto,
De la reina virtud; á ti se debe
Honra que en cierto dia el sol renueve.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA PROPORCION DE LOS HOMBRES.

Y aunque en la proporcion generalmente
De los antiguos muchos difirieron,
Una intento seguir, la más corriente
Que en las mayores obras eligieron;
Yo la vi y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do salieron
Nobles memorias de valiente mano,
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.
Del alto de la frente, do el cabello

Se comienza á espesar oscurecido,
Hasta donde adornado de su vello
El perfil de la barba es más crecido,
Y do más bajo se avecina al cuello,
En tres partes iguales dividido,
La medida será con quien midieres
Grande ó pequeña imágen que hicieres.

DE LA PROPORCION DE LOS ANIMALES.

El estudio no ménos y el cuidado
Que pusiste en humanas proporciones,
A cualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones;
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra y cón lanudas crines,
Y cierta ley de rigurosos fines.

El hermoso lebrél, el crudo alano
Pintado, ser de grandé ornato hallo;
El jabali espantoso, el tigre hircano,
Y otros en grande número que callo;
Mas sobre todo ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosa.

PINTURA DE UN CABALLO.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
Por estudio más alto ennobleciera
Con obras famosísimas, dó el hombre
Explica el artificio y la manera;
Sólo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera

Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza dó ha venido,
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temor al horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente alta;
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes; las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos;
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos;
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos,
Ancho el hueso del brazo y descarnado,
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
Si acaso caminando ignota puente
Se le pone al encuentro y delantero
Precede á todo el escuadron siguiente,
Seguro, osado, denodado y fiero
No dude de arrojarle á la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.
Si de léjos al arma dió el aliento

Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte;
Crece el resuello, y recogido el viento,
Por la abierta nariz ardiendo parte;
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendidas
El aire y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas más cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Cílaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban y tales;
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales;
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles;

A los cuales excede en hermosura
El cisne volador del señor mio;
Que la victoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brío;
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frío,
Y á cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la pelasca lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece harto
Más vivo y puro que el diurno plectro,

Rendido el persa, el agareno y parto
A su valor con sonoro plectro;
Si, el suelo tiene aún quien venza y quiebre
De Esmirna y Roma el presumir celebre.

Cuales en torno el carro levantado
De uncidos ferocísimos leones
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes escuadrones;
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de tí tales varones,
Cuya virtud cual el celeste fuego
Reluce, y más el gran Marqués de Priego.

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos,
Córdoba, de laureles adornada
Y de palmas sus altos fundamentos;
Luz de su ilustre patria, levantada
Encima á cualesquier merecimientos;
Y es bien razón que en serlo dello sea
De cuanto alumbra el sol y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heroico intento,
Y el valor celebrar donde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento,
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento;
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera
Que ya tomaste á proseguir primera.

DE LA PERSPECTIVA.

Si enseñarte pudiese los conceptos
Escritos, y la voz presente y viva
Los primeros abriera, y los secretos
Que encierra en sí la docta perspectiva;

Como extendidos por el aire y retos
Los rayos salen de la vista esquivá;
Como al término llegan de su intento;
Dó paran como en basa y fundamento;

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede,
De mirar dónde acaba y dónde parte
El córte de las líneas, y dó quede
Señalado el escorzo con certeza
En breve forma y con mayor belleza.

DEL ESCORZO.

Acórtase por esto, y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Y asimismo escondiéndose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte,
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.
Esto llaman *escorzo*, introducido
Que en la habla común se entienda y nombre,
De tierras extranjeras conducido,
Trajo con la arte misma el mismo nombre,
Ora pues ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.

LA PINTURA DE ALEJANDRO POR APÉLES.

¿Qué diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envía
El golpe entre fingidos resplandores,
Al cual se rindió el Asia, y la porfia
De los partos huyendo vencedores,
Y lá pintura tan subida y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba.

DE LA CUADRÍCULA.

Bien hay donde extender la blanca vela
Por ancho campo, donde el fin no es cierto,
Y traer mil preceptos que la escuela
Tuvo de los antiguos y el concierto;
Mas mientras la intencion más se desvela,
Más cerca pide el deseado puerto;
Con todo, descubrir el fin se debe
Del camino más fácil y más breve,
Y para mayor luz, sabrás que hay una
Industria con que muchos han obrado,
Y acudiendo el favor de la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado,
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocaron en tan alto grado,
Tan firmes, que la fuerza no ha podido
Del tiempo oscurecerlas, ni el olvido.
Harás de cuatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse, un cuadro,
Y por iguales trechos señaladas
A la redonda sean del recuadro;
De señal á señal atravesadas
Vayan las hebras á encontrarse en cuadro.

Cual el vario ajedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.

Podrás como quisieres la figura
En tabla ó en papel representarla,
En la cual se descubra en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla;
De suerte la acomoda en la postura,
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria
Que da de siglo á siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura y de tu opuesta vista,
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibujo con razon consista;
Un trazo suba por derecho enhiesto,
Y corra por traves la ciega lista
Con otros tantos cuadros y señales,
Todas al justo ó todas desiguales.

Y luégo mirarás por donde pasa
Cierta el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa
De aquella red que contrapuesta sea;
A tus cuadrados los perfiles casa
Con oscura ematite, do se vea
El escorzo tan justo, con efeto
Igual en todo al imitado objeto.

DE LA IMITACION DE LA NATURALEZA.

Y pues ya sale y resplandece y dora
Con belleza de luz del nuevo dia
El cielo oscuro, la florida aurora,
Y alza la faz rosada al aura fria,
A vos llamo y á vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,

Que conmigo entendido aquella parte
Habeis de los principios de aquesta arte.

Mas ¿qué me canso de pintar si al vivo
Desfallece el matiz y apenas llega,
Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir que á solo estudio no se entrega;
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar sus ojos.

Busca en el natural, y si supieres
Buscarlo, hallarás cuanto buscares;
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares;
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares,
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel é ingenio imita.

Nó me atrevo á decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sujeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las cria sin ningun defeto,
A todas en belleza preferidas,
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

DE LAS IMÁGENES DE LA FANTASÍA.

En el silencio oscuro su belleza,
Desnuda de afectadas fantasias,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vías,
Para que el arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor cuando en las cumbres frias

GUTIERRE DE CETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuando más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira,
No me mireis con ira,
Porque no parezcáis ménos hermosos.
¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al ménos.

LUIS MARTIN.

MADRIGALES.

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda,
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;
Y estaba, por su bien, entre una rosa
Una abeja escondida
Su dulce humor hurtando,
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fué se volando.

Sobre el verde amaranto y espadana
Que Guadalhorce bañó
Tenía con dorada llave el sueño
Cerrados los dos ojos, claros soles,
De mi hermoso dueño,
Y del rostro los rojos arboles
Con un sudor cubiertos oloroso.

Vídola el cristalino dios del rio,
Y á tierra sale de su albergue undoso,
Vestido el cuerpo de ovas y rocío,
Y con helados labios bebe y toca
El delicado aliento de su boca.
El sueño sintió el hielo,
Y abrió los soles del sereno cielo,
Y al dios hecho de escarcha así le ofenden,
Que suena ya su pecho como fragua,
Y teme que los rayos que lo encienden
Lo conviertan en agua;
Y así turbado y ciego
Saltó en el agua y escapó del fuego.

SONETO.

Cubierto estaba el sol de un negro velo,
Luchaba el viento con el mar hinchado,
Y él, en huecos peñascos quebrantado,
Con blanca espuma salpicaba el cielo.
El ronco trueno amenazaba al suelo,
Tocaba el rayo al monte levantado,
Y pardas nubes de granizo helado,
El campo cobijaban con su hielo.
Mas luego que su clara luz mostraron
Los bellos ojos que contento adoro,
Y á quien el alba envidia los colores,
Calmó el mar, calló el viento, se ausentaron
Los truenos, pintó el sol las nubes de oro,
Vistióse el campo de olorosas flores.

BALTASAR DE ESCOBAR.

SONETO.

AL PIÉ DE LAS POESÍAS
DE FERNANDO DE HERRERA.

Así cantaba en dulce són Herrera
Gloria de Bétis espacioso, cuando
Iba las quejas amorosas dando
De su mansa corriente en la ribera;
Y las ninfas, del bosque en la frontera,
Selva de Alcides, todas escuchando,
En cortezas de olivos entallando
Sus versos, cual si Apolo los dijera.
Y porque, tiempo, tú no los consumas,
En estas hojas trasladados fueron
Por sacras manos del castalio coro.
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y las ninfas del Bétis esparcieron
Para enjugarlos sus arenas de oro.

SOTO.

MADRIGAL.

Cuando las penas miro
De tu martirio fuerte,
Amor, gimo y suspiro
(Como último remedio) por la muerte;
Procuro, por perderte,
Perder contigo la enojosa vida;
Y viéndola por tí más que perdida,
Del gran placer que siento
Vuelvo á vivir y crece mi tormento.

GASPAR GIL POLO,

CANCION DE NEREA.

En el campo venturoso,
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña,
Entre el arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el són del ronco estruendo
De las ondas alteradas.
Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huía;
Pero á veces no podía,
Y el blanco pié se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento,
Mientras miraba el contento
De su polida zagala;

Mas cotejando su mal
Con el gozó que ella habia,
El fatigado zagal,
Con voz amarga y mortal,
Desta manera decia:

«Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo;
Y aunque más placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

«Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno,
No me hagas más penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo celos de Neptuno.

«Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea;
Porque ya está averiguado,
Que, si no es tu enamorado,
Lo será cuando te vea.

«Y es lo cierto, porque amor
Sabe, desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Más poderoso que yo.

«Deja la seca ribera
Do está el agua infructuosa;
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.

»Huye ya, y mira que sientó
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento
Y tu peligro cuidados.

«En verte regocijada,
Celos me hacen acordar
De Europa, ninfa preciada,
Del toro blanco engañada
En la ribera del mar.

»Y el ordinario cuidado
Hace que piense continuo
De aquel desdeñoso Alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.

«Mas no veo en mí terror
De congoja y pena tanta,
Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme el amor
Ningun peligro le espanta.

«Guarte, pues, de un gran cuidado,
Que el vengativo Cupido,
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de ofendido.

«Ven conmigo al bosque ameno
Y al apacible sombrío,
De olorosas flores lleno,
Dó en el dia más sereno
No es enojoso el estío.

«Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella
Que para ser la primera
Entre todas sólo espera
Que tú te laves en ella.

» En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo;
Que estando al abierto cielo
El sol, morena, se para.

» No escuchas dulces concertos,
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos rientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.

» Y tras la fortuna fiera,
Son las vistas más suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.

» Vén á la dulce floresta
Dó natura no fué escasa,
Donde haciendo alegre fiesta
La más calorosa siesta
Con más deleite se pasa.

» Huye los soberbios mares:
Vén, verás como cantamos
Tan deleitosos cantares
Que los más duros pesares
Suspendemos y engañamos.

» Y aunque quien pasa dolores
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
Nos digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.

» Allí por bosques y prados
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados,
Los nombres más celebrados
De las ninfas y pastoras;

» Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.

» Y aunque mucho estás airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.

» No ser querida y amar
Fuera triste desplacer;
Mas ¿qué tormento ó pesar,
Te puede, ninfa, causar
Ser querida y no querer?

» Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea,
Sólo que en esas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.

» ¿Qué pasatiempo mejor
Cerca del mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor
Y en clara fuente lavarse?

» Pluguiera á Dios que gozáras
De nuestro campo y ribera:
Y porque más lo preciarás
Ojalá tú lo probáras
Antes que yo lo dijera.

» Porque cuanto alabo aquí
De su crédito le quito,
Pues el contentarme á mí
Bastará para que á tí
No te venga en apetito.

Licio mucho más le hablára,
 Y tenía más que hablalle,
 Si ella no se lo estorbára,
 Que con desdenosa cara,
 Al triste dice que calle.
 Volvió á sus juegos la fiera
 Y á sus llantos el pastor;
 Y de la misma manera
 Ella queda en la ribera
 Y él en su mismo dolor.

GLOSA.

Contando está Melibéo
 A Florisa su dolor,
 Y ella responde: «Pastor,
 Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Pastora mía,
 Mira con qué pena muero,
 Que de grado sufro y quiero
 El dolor que no querría;
 Arde y muérese el desco,
 Tengo esperanza y temor.»
 Ella responde: «Pastor,
 Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «El triste cuidado
 Tan agradable me ha sido,
 Que cuanto más padescido,
 Entonces más deseado;
 Premio ninguno deseo,
 Y estoy sirviendo al amor.»
 Ella responde: «Pastor,

Ni te entiendo ni te creo.»
 Él dice: «La dura muerte
 Deseára, si no fuera
 Por la pena que me diera
 Dejar, pastora, de verte;
 Pero, triste, si te veo,
 Padezco muerte mayor.»
 Ella responde: «Pastor,
 Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Muero en mirarte,
 Y en no verte estoy penando;
 Cuando más te voy buscando,
 Mas temor tengo de hallarte;
 Comó el antiguo Proteo,
 Mudo figura y color.»
 Ella responde: «Pastor,
 Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «Haber no pretendo
 Más bien del que la alma alcanza,
 Porque áun con la esperanza
 Me paresce que te ofendo;
 Que mil deleites poseo
 En tener por tí un dolor.»
 Ella responde: «Pastor,
 Ni te entiendo ni te creo.»

Él dice: «El triste cuidado
 Tan agradable me ha sido,
 Que cuanto más padescido,
 Entonces más deseado;
 Premio ninguno deseo,
 Y estoy sirviendo al amor.»
 Ella responde: «Pastor,

SANTA TERESA DE JESUS.

*Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.*

Aquesta divina union,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazon:
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:

Quiteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida no seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva:
Muerte, no seas esquiva;
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí,
Si no es perderte á tí,
Para mejor á El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á El solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener
Sino muerte padecer
La mayor que nunca vi:

Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale
Aun de alivio no carece,
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale:

¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,

Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:

Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,

Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor,

Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,

No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:

Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,

En tanto que detenida
Por mis pecados está,

¡Oh, mi Dios, cuando será,
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero!

*Ya toda me entregué y di,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.*

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó rendida,

En los brazos del amor
Mi alma quedó caída,
Y cobrando nueva vida

De tal manera he trocado,
*Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.*

Tírome con una flecha
Enarbolada de amor,
Y mi alma quedó hecha

Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,

Pues á mi Dios me he entregado,
*Y mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.*

Si el amor que me teneis,
Dios mio, es como el que os tengo;
Decidme, ¿en qué me detengo?
O Vos ¿en qué os deteneis?
— Alma ¿qué quieres de mí?

— Dios mio, no más que verte.
— Y ¿qué temes más de tí?
— Lo que más temo es perderte.

Un amor que ocupe os pido:
Dios mio, que mi alma os tenga,
Para hacer un dulce nido
Adonde más la convenga.

Un alma en Dios escondida
¿Qué tene que desear,
Si no amar y más amar,
Y en amor toda encendida,
Tornarte de nuevo á amar?

¡Dichoso el corazon enamorado
Que en solo Dios ha puesto el pensamiento!
Por él renuncia todo lo criado,
Y en él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
Porque en su Dios está todo su intento,
Y así alegre pasa y muy gozoso,
Las ondas deste mar tempestuoso.

DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

AL SILENCIO DE SUS QUEJAS.

De los tormentos de amor,
Que hacen desesperar,
El que tengo por mayor
Es no poderse quejar
El hombre de su dolor.
Cualquier mal es duro y fuerte,
Y tiene su furor loco;
Mas el mio es de tal suerte,
Que consume poco á poco,
Hasta llegar á la muerte.

No hay mal que con publicallo
No se acabe, aunque sea fiero;
Mas yo, cuitado que callo,
¿Cómo es posible pasallo,
Si de entrambas cosas muero?
Dime, Filis: ¿quién me ha vuelto,
Que tal me ha puesto contigo?
O es demonio que anda suelto
O venganza de enemigo
Que anda en amistad envuelto.
¿Qué te pueden haber dielo,

Con que tanto mal me han hecho ?
¿ Quién puso saña en tu pecho,
Que al trato ha puesto entredicho
Y á mi vida en tanto estrecho ?

Digante cuanto deseas,
Hágante en ello servicio ;
Pero tú nunca lo creas,
Ni me juzgues por indicio,
Hasta que claro lo veas.

¡ Oh, tiempo para llorarse,
Donde se sufre y se espera,
Y áun para desesperarse,
Pues quieres que un triste muera
Sin el gusto de quejarse !

Y pues en todo recibo
Agravio con daño cierto,
Hagan bien á este cautivo,
Que está, de medroso, muerto,
De desesperado, vivo.

REDONDILLAS Á SU DAMA,

ESTANDO AUSENTE.

El que es tuyo, si el perdido
De alguno puede llamarse,
De sí mismo aborrecido,
A tí envía á encomendarse.

No juzgues á presuncion
Que te escriba lo que siento,
Sino sobra de aficion
Y falta de sufrimiento.

Y aunque esta carta cerrada
Te parezca como quiera,

Con mis lágrimas bañada
Se imprimió el sello en la cera.

En ella toda verás
De mis congojas la muestra,
Por donde conocerás
Cuanto más siento que muestra.

¿ Por ventura has olvidado
Esta tierra en que moraste,
Que áun esperan tu mandado
Los amigos que dejaste ?

Por cierto, si es en tu mano
De escribir como solias,
Que nos haces de temprano
Contar y esperar los dias.

A los que léjos estamos,
Si el amor es verdadero,
Todo cuanto imaginamos
Nos parece hacedero.

Puede ser que, de contenta,
Nos tienes por olvidados,
Y que pones en tu cuenta
Los ausentes por pagados.

A hermosura tan alta
No contentará morada
Donde lo ménos que falta
Es ser vista y adorada.

¿ Qué te aprovecha la maña ?
La discrecion ¿ qué te vale
Entre esa gente hurafía,
Para quien el sol no sale ?

De mí puedes entender
Que desesperando espero,
Y esperaré hasta ver
Si tornas como primero.

Mas hé miedo que el reposo

Te convida á descansar,
O quizá algun envidioso
Te detiene á mi pesar.

Vivo los dias pensando
Si tiene mi mal enmienda;
Las nóches, no la hallando,
A llorar suelto la rienda.

Y paso atónito y loco
Mi tiempo en esta zozobra;
Que para llorar es poco,
Mas para vivir me sobra.

Cuando finjo que te veo
O que algun tiempo me viste,
Es con el rostro y meneo
Con que de aquí te partiste.

¿Qué bien hay que no sea malo?
¿Qué mal que no me persiga?
¿Dónde buscaré regalo,
Si el regalo me castiga?

Procuró quien te parezca,
Y como ninguna hallo
Que tanta gloria merezca,
Bajo los ojos y callo.

Yo no estoy en mi poder,
Que el desatino me lleva,
Viendo que no puede ser
Hacer tan falsa la pueba.

Si duermo, soñando pienso
Que te hablo, al mismo instante
Huyes, y quedo suspenso,
La voz y mano adelante.

Sueño, quien de vos se ceba,
No se acuerda del remate;
Entrais haciendo gran prueba
Y salís por disparate.

Una imagen tengo tuya
Puesta delante mis ojos,
Que aunque hé miedo que me huya
Y pruebe hacerme enojos,
Háblola y hállola muda,
Mírola y hállola esquivá;
Tanto, que me pone duda
Si es la pintada ó la viva.

Revuelto de cuando en cuando,
Acuso mi ceguedad:
Después digo suspirando:
¿Por qué tanta crueldad?
Es la vida mi deudora,
Y la pintada me paga;
De manera que empeora
Con el remedio mi llaga.

En otro tiempo holgara
De tratar con tus amigos,
Y ahora huyo la cara,
Como de falsos testigos;
Que trayendo á la memoria
Lo que fui y lo que ellos son,
No me causan vanagloria,
Sino desesperacion.

Quien llamó á la muerte ausencia
No estaba bien en lo cierto;
Que no ha menester paciencia
El hombre después de muerto.

Yo, que sufro, callo y creo
Ausente y mal satisfecho,
¿Con cuántas muertes peleo
Entre la boca y el pecho!

Tal me veo, en tal afrenta,
Señora, como te escribo,
Que no me recibo en cuenta

Las horas que sin tí vivo;
Y pregunto de hombre en hombre
Si volverás ó si engañas,
En la voz siempre tu nombre,
Y tu vista en las entrañas.
Y por carrera tan larga
Voy de mí mismo huyendo,
Que, como el alma es la carga,
Deseo el fin, no lo viendo.
Mas espero en mal tan grave
De tan contrarios extremos,
Que se mude ó que me acabe,
Como en otras cosas vemos.
El cielo que está nublado
Desecha la oscuridad;
La luna y sol eclipsado
Vuelven á su claridad.
Tras el invierno el verano,
Tras la noche el día claro,
Y tras lo enfermo lo sano,
Tras el mal viene el reparo.
El duro roble en la sierra,
De fuerte rayo herido,
Vemos levantar de tierra
Más alto y más extendido;
Y la mar, que, de turbada,
Hizo miedo á las estrellas,
Torna clara y sosegada,
Como á competir con ellas.
¡Cualquier mudanza llegase,
Y llegase con presteza,
Ó el mal en bien se trocase,
Ó cesase su braveza!
Piensa lo que sentiria
Viéndote como te vi;

Tan gran colmo de alegría
Caber no podría en mí.
Si no viniera á este punto
De ausencia ni despedida,
No perdiera todo junto
El alma, el mundo y la vida.
El alma, que desespero,
El mundo, que le aborrezco,
La vida, ya que no muero,
Que muerte en vida padezco.
Cuando de haber tú partido
Culpa alguna yo tuviese,
Más querría no haber sido
O la tierra me sumiese.
Tan áspera adversidad
No hay hombre que la consuele;
Pues no alcanza la piedad
A lo ménos que ella duele.
Entre lo que vida alcanza,
Y entre los muertos, busqué
Remedio á esta maladanza,
Pero nunca le hallé.
Uno, que no siente nada,
Calla otro, que lo siente;
En fin, no hay hora menguada
Sino para el que está ausente.
Mas ¿qué haré si te gasta
Contra mí algún importuno?
Para dañar uno basta,
Para aprovechar ninguno.
Con voluntad invidiosa
Vió mi mal y tu llaneza;
Parecerále otra cosa,
Si procura tu aspereza.
Tal medicina hay que daña,

Aunque al médico le place,
Y tal ingenio, que engaña
Al maestro que lo hace.

A tirano antojadizo
Dieron maestro cruel;
El toro de alambre hizo
Quien murió encerrado en él.

Presto se le tornó en lloro
Cuanto comenzó por juego;
El mismo dentro del toro
Probó el tormento del fuego.

Era el són de los gemidos,
Con la fuerza de la llama,
Cual suena á nuestros oídos
Un bravo toro que brama.

El suceso y la ambicion,
El caso y la maravilla,
Movieron admiracion,
Mas no movieron mancilla.

Oh cruel! En este caso
¿Qué te dolió el bien ajeno?
La envidia te hinchó el vaso
Cuando me diste el veneno.

Y como inocente dello,
Bebilo hasta acaballo,
En mi mano fué bebello,
Aunque no fué remediallo.

Si tú, señora, no quieres
Tomar de mí la conquista,
Precura ya, si pudieres,
De sanarme con tu vista.

VILLANCICO

*Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.*

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino,
No puede volver
El que por amores
Se quiso prender.

Mándenle escribir,
Aunque no contente,
Y si se arrepiente,
Que no pueda huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser;
*Esta es la justicia
Que mandan hacer.*

Entró simple y ciego,
Mas no sin razon;
Hizose aficion
De lo que era juego;
El encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.

Sufra disfavores
Hechos por autojo,
Háganse del ojo

Sus competidores,
Y los miradores
Échenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
*Al que por amores
Se quiso prender.*

Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria;
De envidia y porfia
Se ha de mantener
*El que por amores
Se quiso prender.*

Diga su cuidado,
Mas no sea creido;
Ántes que sea oido
Sea condenado;
Quiera ser mirado:
No le quieran ver
*Al que por amores
Se dejó prender.*

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.

À UNA DAMA LLAMADA ANA.

Vuestros lindos ojos, Ana,
¡Quién me dejase gozallos,
Y tantas veces besallos
Cuantas me pide la gana
Con que vivo de mirallos!
Darles hia
Cien mil besos cada dia
Y aunque fuesen un millon:
Mi penado corazon
Nunca hartó se veria.
¡Oh cuán bienaventurado
Es aquel que puede estar
Do os pueda ver y hablar
Sin perderse de turbado,
Como yo suelo quedar!
¡Ay de mí!
Que ante vos, despues que ó s vi
Y quedé de vos herido,
No hay en mí ningun sentido
Que sepa parte de sí.
La lengua se me entorpece,

Y de locos aturridos
Me retienen los oídos,
Y la lumbre se oscurece
A mis ojos doloridos.
Viva llama
Por mi cuerpo se derrama,
Y hago con piés y manos
Mil ademanes livianos,
Ajenos del que no ama.
Mi alma os quiere y adora,
Mas su pasión y fatiga
Le dan causa que os maldiga,
Y amándoos como á señora,
Os tenga por enemiga.
Amo y quiero,
Aborrezco y desespero
Todo junto, y el por qué
Preguntado, no lo sé,
Mas siento que es así, y muero.
Circe diz que convertía
Los hombres en animales,
Y es creíble que eran tales,
Porque yo en mi fantasía
Hallo las mismas señales.
Entender
No me sé, ni conocer,
Cuando cabe vos estoy,
Porque sin duda no soy
El mesmo que suelo ser.
¿Queréis por ejemplo desto
Otro donaire mayor?
Si acaso me dais favor,
Parezcóme bien dispuesto,
Y l'ágame un ruiseñor.
Mas despues,

Con el más chico reves,
Ninguna gloria me queda,
Porque, deshecha la rueda,
Quedo mirando los piés.
De suerte que en vuestra mano
Es trastocar el ser mio;
Con un mismo desvario
Estoy gracioso y ufano,
Y otras veces necio y frio.
Y ando á tiento,
Buscando contentamiento,
Pero no acierto á tomallo;
Piérdolo donde lo halló,
Despues lo busco en el viento.
Muy hacedero me muestra
Amor, con su liviandad,
El fin de mi voluntad;
Mas la falta de la vuestra
Muestra la dificultad.
Mil razones,
Estorbos y dilaciones
Halláis porque no queréis;
Quered, y no hallaréis
Nada destas ocasiones.
Tenedme cuidado vos
Sólo de serme obediente;
Que yo haré seguramente
Lo que cumple á ambos á dos,
Sin ningun inconveniente.
Descuidada
Estad de ser olvidada
Aunque vos os olvidéis,
Porque no sois ni seréis
De vos misma tan amada.
Si segun lo que padezco,